siempre llena de modistillas », había comido en casa de un comerciante del barrio y é iba con dirección á la suya. La vista de dos vendedoras de naranjas en coche era un espectáculo bastante nuevo para llamar la atención del viejo lobo. Las siguió sin saber porqué, pero su asombro aumentó cuando vió que los zapatos y las medias, que cubrían pies muy bonitos y tobillos demasiado finos, eran excesivamente lujosos en comparación con el resto del traje. En fin, consiguió reconocer á las doncellas de honor, y atribuyó su difraz á los más vergonzosos motivos que pudo imaginar. Sin género alguno de duda, la señorita Price llevaba á Jennings á sitio seguro. Como ésta última estaba muy cortejada por Jermyn, el mejor de sus amigos, experimentó « una alegría secreta al pensar que sería predestinado antes de casarse (1) ». Pero ante todo importaba no estorbar tan buenos designios. Así, pues, se limitó á lanzar algunas pullas á las jóvenes, como si las tomase por verdaderas vendedoras, y riendo les dió los buenos días. Pero no habían terminado sus desventuras, mientras sufrían las impertinencias de Brouncker, se había formado, alrededor del coche, un círculo de pilluelos, deseosos de de escamotear las naranjas abandonadas al cuidado del cochero, mas este último era hombre de honor é intentó rechazar el asalto de los rapaces. Entablóse una refriega y toda la calle se puso en revolución. Jennings y Price para poder escapar, abandonaron las naranjas, antes de volver á montar en el coche y, olvidando al astrólogo, se dirigieron de nuevo á Saint-James, en medio de insultos y burlas del populacho (2). Llegaron al palacio del duque de York, tan asustadas, tan cansadas y tan llenas de miedo, que sus amigos supieron muy pronto todas sus desgraciadas aventuras.

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont,* cap. XII.

(2) Toda esta aventura ha sido contada por Hamilton. La fecha approximada de este suceso ha sido suministrada por el *Diario de Pepys*. Jesse, en sus *Memorias* (t. III, p. 234-235) agrega algunos detalles.

Afortunadamente para ellas, las chismografías de la Corte tenían otro alimento. Lord Castlemaine acababa de volver de Francia y había aguado un poco la fiesta al encontrarse con que su mujer « tenía dos hermosos niños ». Después, la Corte se entretuvo con la indignación de Mma Fienne contra su marido que había dejado embarazada á su doncella (1). En fin, se murmuraba mucho de las conquistas del duque de Monmouth, que casi no tenía diez y seis años. Cuando la reina-madre le había traido de Francia, Carlos II, se ocupó más en asegurarle una espléndida fortuna que de perfeccionar su educación. « Era muy apuesto, dice Mma Dunois, extremadamente bien hecho y poseía aspecto de gran señor, como correspondía á su nacimiento. Era valiente hasta la temeridad, bailaba muy bien y con una elegancia que encantaba á todos cuantos le veían. Era rico, joven, galante y, como ya he dicho, el hombre mejor hecho y hermoso de la época. Sabido esto, no resultará extraño que muchas

Francisca Jennings, duquesa de Tyrconnel.
Retrato de Huysmans.

(1) Biblioteca Nacional. Fds francés 10172. Carta de Comminges á Lionne, 9 de Marzo de 1665.

damas hayan puesto empeño en conquistarle (1). » Entre las damas que le hacían la corte, se encontraba Mma Castlemaine, que en Diciembre de 1662, hacía avances poco dudosos. Nada podía ser más desagradable para Carlos II que un rival de este género, así, pues, resolvió que se casase. Encontróle una rica heredera escocesa, Ana Scott, condesa de Bucleuch. El matrimonio se celebró el 20 de Abril de 1663, pero no puso fin, ni con mucho, á las aventuras de Monmouth.

El duque de Richmond, el conde de Arran, segundo hijo de lord Ormond, y el duque de Monmouth, llevaban una vida tan desenfrenada que llegaron á escandalizar á una Corte, que no se escandalizaba tan fácilmente. En efecto, las costumbres permitían en aquella epoca no pocas licencias. Pepys cuenta en cierto pasaje lo que aconteció en casa de Milady Baten un día en que se celebraba una gran reunión de damas. « Milady me empujó sobre la cama y se arrojó sobre mí. Después, las otras damas siguieron el mismo ejemplo. Nos divertimos mucho (2). »

El pueblo se divertía menos; una demanda dirigida al rey decía : « El pueblo se encuentra en una situación desesperada, los jefes de familia se encuentran tan abrumados de impuestos que no se atreven á abrir la puerta temiendo venga á embargar el recaudador la cama ó los platos. El pueblo maldice del rey, echa de menos á Cromwell y dice que lo mismo le da que vengan los holandeses ó el diablo, pues no estarán en peor situación. De manera que están dispuestos á no combatir por Su Majestad y entre la nobleza no encontrará diez hombres que se levanten en su defensa... Jamás los impuestos han sido más elevados, jamás rey alguno se dejó robar de forma tan espantosa. Todos están descontentos. Los soldados contemplan cómo les roban sus sueldos, lo que debe impedir Su Majestad á todo trance, porque si los soldados

(1) Citado por Jesse, *Memorias*, III, 114.
(2) *Diario de Pepys*, 12 de Abril de 1665.

no le defienden su reino no durará este más que breves instantes. Lord Gerard (que manda los guardias de Carlos II), maltrata y explota tan completamente á los guardias, que la mayoría trata de buscar otros medios de vida, pues no vale la pena, dicen, de exponer vida y fortuna, para morir en la miseria... Hacen correr el rumor de que Vuestra Majestad ha dicho que no hay nada mejor que tener al soldado en la miseria. No debe descuidar al soldado. La nación dice que el rey no piensa más que en sus placeres y que no oye los suspiros y quejas de sus desgraciados súbditos. La paciencia ha llegado al límite. Dicen que las colocaciones son dadas á personas que habrían cortado la cabeza al rey y que lo harán todavía si se presenta la ocasión. Dicen que existe alrededor de Su Majestad una porción de personas que le impiden vea con claridad las cosas, con objeto de lograr mejor sus deseos. Debido á esto todas esas gentes que le rodean se guardan muy bien de decirle que la nación se sublevará al menor soplo de viento, de tal manera está oprimida... Ninguno de los cortesanos hará saber á Su Majestad el descrédito en que ha caido. Dice la gente : « Qué le den al rey su condesa de Castlemaine y ya no se le importa un ardite de todas las miserias del pueblo (1) ». Este curioso escrito es uma muestra del odio que se profesaba á la Corte y á la favorita. Hacia la misma época, corría un libelo con la siguiente portada : « *Ruego que hacen las p... pobres, bellacos, alcahuetes y alcahuetas á la muy espléndida, muy ilustre, serenísima y eminente dama de placer, condesa de Castlemaine, con objeto de obtener su protección contra la compañia de las aprendizas de Londres, por causa de las cuales han sufrido la pérdida de su morada, comercio y empleos y de tener una guardia compuesta de espadachines franceses,*

(1) *Calendar State papers domestic* : 1666, t. V, p. 477. El autor de este escrito es una mujer que termina diciendo que no puede hacer otra cosa más que rogar por Su Majestad.

irlandeses é ingleses, que son sus leales amigos. Prostitutas, bellacos, alcahuetes y alcahuetas se comprometían á pagar un impuesto á la condesa (1). Este escrito irritó vivamente á la condesa de Castlemaine, que hizo se buscara al autor para castigarle. Además, estaba prohibido que se dirigiese el menor ataque contra su virtud en otros tiempos. Harry Killegrew, uno de los gentiles hombres del duque de York, fué desterrado por haber dicho que había sido un tanto ligera en su juventud (2). Los Killegrew hablaban francamente y sin rodeos. Una mañana, Tomás, dijo negligentemente á Carlos II que los asuntos ingleses marchaban muy mal, pero que había manera de poner remedio. « Conozco á un hombre honrado, agregó, muy inteligente, que si Vuestra Majestad quiere emplearlo, si se fía de él, cuidará de de que se cumplan sus órdenes y que todo marche bien. Este hombre es un tal Carlos Estuardo que, hasta el presente, no ha hecho más que charlar con sus cortesanos. Si Vuestra Majestad le otorga este cargo, verá como nadie puede desempeñarlo tan bien como él (3). » Carlos II acogió la amonestación con una sonrisa, pero no tenía ningún deseo de ocuparse en los asuntos del Estado. Aunque á cada instante reclamasen su atención asuntos urgentes, se pasaba semanas enteras sin parecer por el Consejo. Killegrew fué el único que consiguió que fuera allí. Habiase apostado cien libras con Lauderdale (4), asegurando que Carlos II asistiría al

(1) *Calendar States papers domestic : Carlos II*, t. VIII, p. 306. — El documento termina de esta manera : « Firmado por nosotros, Madama Creswell y Damaris Page en nombre de nuestras hermanas y compañeras de sufrimientos (en esa día de calamidad) en la Corte del Perro y de la Perra preñada, Lukner's Lane, Saffron Hill, Moorfields, Chiswell Street, Rosemary Lane, Gran Carretera de Ratchiff, Well Close, Church Lane, East Enuttfield, etc. »

(2) *Diario de Pepys*, 21 de Octubre de 1666.

(3) *Diario de Pepys*, 8 de Diciembre de 1666.

(4) Lauderdale era uno de los miembros del ministerio llamado « La Cábala » á causa de las iniciales de los nombres de los ministros que la componían.

James Fitzroy ó Scott, duque de Montmouth.
Retrato por Peter Lely grabado por A. Blooteling.

Consejo, lo menos media hora. Una vez hecha la apuesta, entró en las habitaciones del rey. « Sé, dijo, que Vuestra Majestad detesta á Lauderdale, y que únicamente la necesidad de cuidar vuestros asuntos os obliga á ser cortés con él. ¡Y bien! si deseais libraros de ese personaje no tenéis más que ir esta vez al Consejo. Conozco su avaricia,

sé muy bien que antes de pagar las cien libras se ahorcará de despecho terminando así de atormentaros. » Carlos sonrió pensando en la mala pasada que podía jugarle á su ministro. « ¡ Quedo en ello! Killegrew, os prometo que iré. » Cumplió su palabra y Killegrew ganó la apuesta (1).

Con esta indiferencia del rey, no es extraño que todo marchase de cualquier manera, hasta la administración de los palacios. Un día del mes de Abril de 1667, el rey no encontrando papel sobre la mesa del Consejo montó en cólera. Llamóse à Wooly, encargado de este servicio, quien manifestó al rey que era pobre, que había adelantado cuatrocientas ó quinientas libras que representaban todo su capital y que no podía suministrar papel si no le daban dinero, porque no había recibido nada desde la restauración. « ¡ Y decir, agrega Pepys, que es quien nos suministra estos datos, que el rey recibe todos los días descaros de este género, capaces de volver loco á un hombre de corazón! »

Todas estas miserias no han impedido que las fiestas de la Corte hayan sido muy brillantes durante el invierno. En el baile celebrado el 15 de Noviembre de 1666, « la señorita Stewart estaba vestida con encajes blancos y negros. La cabeza y los hombros estaban adornados con diamantes. La reina no llevaba ninguno. El rey iba vestido con una magnífica casaca de seda. Cuando llegó al salón cogió á la reina por la mano, catorce parejas siguieron su ejemplo y comenzó el baile. Lo último que se bailó fué una danza francesa á la que el rey llamaba « mi nuevo baile » (2). Por el día, los trajes de las señoras casi son tan elegantes. Las damas y las doncellas de honor iban ataviadas con amazonas y justillos provistos de faldones muy largos, parecidos á los de los hombres. Llevan además pelucas, esta moda la ha implantado la señorita Wells (3). »

(1) Jesse. *Memorias*, III, 337.
(2) *Diario de Pepys*.
(3) *Diario de Pepys*, 11 de Junio de 1666.

Es una joven preciosa, de elegantes ademanes y que sabe andar como una diosa. « El rey, algo hastiado de la condesa Castlemaine y no muy mimado por la señorita Stewart, la había hecho la corte de una manera demasiado viva. La joven se rindió á discreción y el duque de Buckingham la compuso unos versos en los que juega con el vocablo Wells que en inglés significa pozo.

Quand le roi de ce puits sentit l'horreur profonde,
« Progers (1), s'écria-t-il, que suis-je devenu?
¡Ah! depuis que j'y sonde
Si je n'avais cherché que le centre du monde
J'y serais parvenu (2). »

El capricho real por la señorita Wells no duró mucho tiempo. La hermosa Stewart había anunciado hacia esa época, su matrimonio. La discordia había estallado entre ella y la condesa de Castlemaine. Ya no se estaba en aquellos tiempos en que el rey, al visitar por las mañanas á su querida, encontraba á las dos amigas acostadas juntas y, jugueteaba con ellas, antes de presenciar cómo se levantaba aquella que solo permitía ciertas licencias. La condesa de Castlemaine había dicho una porción de ferocidades acerca de la castidad de la inhumana Stewart. « Os rechaza con el pretexto de tener escrúpulos de conciencia, cuando el duque de Richmond se encontrará muy pronto á su lado si no lo está ya. Sois juguete de una falsa gazmoña que os hace representar un papel ridículo. » Carlos II, picado al oir estas palabras, tuvo la curiosidad de dirigirse á casa de la señorita Stewart. Eran las doce de la noche. A pesar de la hora y de la resistencia de sus doncellas, entró en la alcoba. Estaba acostada, pero no sola, el duque de Rich-

(1) Eduardo Progers era el confidente de los placeres del rey. Nombrado en 1660 caballero de la orden de la Encina Real murió de noventa y seis años á consecuencia del brote de cuatro nuevos dientes.

(2) Hamilton *Memorias de Grammont*, cap. VII. « Cuando el rey se dió cuenta del profundo horror de aquel pozo, exclamó : ¡ Progers! ¿qué va á ser de mi? ¡Ah! A juzgar por los sondajes, si solo hubiera buscado el centro de la tierra, ya habría llegado allí. »

mond estaba sentado á la cabecera de la cama y tan despierto como la señorita Stewart. El rey, aunque fuese uno de los hombres más flemáticos del mundo, se encolerizó y dijo á Richmond palabras que jamás había usado. El duque, viendo á su señor tan irritado, hizo una profunda reverencia y se marchó. La señorita Stewart, envuelta en sus largos cabellos, lejos de justificarse, preguntó al rey si verdaderamente no estaba permitido recibir las visitas de un hombre de la calidad del duque, y que tenía intenciones que la honraban. No sé, agregó, que es lo que impide que disponga de mi persona, y si eso no me está permitido en Inglaterra, no habrá poder capaz de impedir que me vaya á Francia, para recuperar mi libertad.

En vano trató de calmarla el rey, y tuvo que salir de su casa sin haber obtenido su perdón y más disgustado. Al otro día, el duque de Richmond recibió la orden de no presentarse más en la Corte, pero no había esperado esta orden pues se había marchado á una de sus casas de campo (1). Al mismo tiempo, la señorita fué á arrojarse á los pies de la reina para pedirla su protección. Si había acogido las proposiciones del duque de Richmond era con objeto de huir de una Corte en donde toda mujer honrada corría riesgo perpétuo. Levantóla Catalina y la abrazó prometiendola que haría cuanto pudiese. La aconsejó, además, que continuara pensando de la misma manera respecto de la vida retirada que iba á seguir y que se casase. Así, pues, en el mes de Abril de 1667, anunciaron que la señorita Stewart se retiraría de la Corte para vivir como mujer honrada. Hacía ella gran gala de sus sentimientos, declarando que había aceptado las proposiciones de Richmond, pero que se habría casado más bien con un hombre que no tuviese más que 1 500 libras de renta, antes que prostituirse al rey. Reconoció que las apariencias la condenaban y que había dado motivo al mundo para que la considerase como una cortesana. También quiso justificar de donde

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. XII.

provenían sus recursos. Primeramente contó las 7 000 libras de pensión que el rey la concedió para su tocado. Además, había recibido de él, á su llegada, un hilo de perlas que valdría unas 11 libras y algunas joyas más. Como el duque de York era su *Valentin* (1) la había regalado una joya de 800 libras y lord Mandeville, que se encontraba en las mismas circunstancias, una sortija de 200 libras. En una palabra, poseía 6000 libras de joyas. « Era toda su fortuna, escribía Pepys, es una mujer digna y que se conduce honradamente. La condesa de Castlemaine es todopoderosa, lo que prueba que Mma Stewart no ha sido la querida del rey, porque este no ha tenido nunca dos queridas á la vez (2). »

La duchesse de Monmouth.
Retrato por W. Wissing, grabado por B. Williams.
(Biblioteca Nacional. Estampas.)

A pesar del enfado del rey, que se consideraba ofendido, el matrimonio se celebró. El duque y la duquesa de Rich-

(1) El día de San Valentin, 14 de Febrero, era la fiesta de los jóvenes de ambos sexos. Los galanes ó Valentines hacían un regalo á su Valentina. (Vease *Hamlet*, acto IV, escena 5.)

(2) *Diario de Pepys*, 26 de Abril de 1667.